

DIONISIO PIEDRAHITA

615

SU VIDA Y SUS INVENTOS

POR

ANTONIO JOSÉ RESTREPO



---

1889

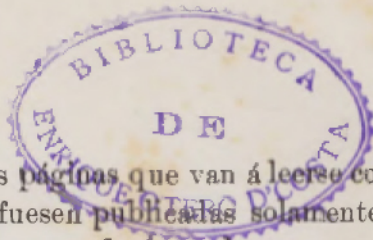
---

BOGOTÁ

Imprenta "Echeverría."

615.

DIONISIO PIEDRAHITA 1842



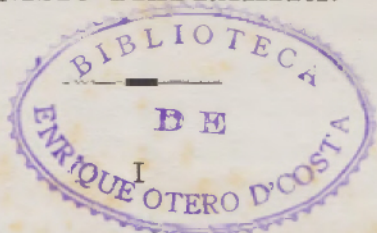
Escribí las páginas que van á leerse con el ánimo de que fuesen publicadas solamente en el extranjero; mas, reflexionando un poco, he querido que vean la luz pública primero aquí que en ninguna otra parte, porque no quiero esquivar en lo mínimo la responsabilidad que me corresponda como á entusiasta creyente en el invento Piedrahíta, del cual ya me ocupé otra vez por la prensa.

Además, quiero que la gente que no ha perdido el juicio, que es mucha, sepa ciertas cosas que aquí digo con entera verdad, que es tiempo de que se escriban y se sepan; y devolver el traslado á los que se ocuparon malamente de mí y de mi nombre en una demanda risible, que se me comunicó, y que espera como ánima del purgatorio quien la saque de las tinieblas en que yace.

Por último, Dionisio Piedrahíta, aunque no fuera inventor de nada que valiera un arquite, merece más una biografía que tanto *personaje* que afea las cajetillas de cigarrillos con su estampa, después de haber deslustrado, con su nombre y con sus hechos, todos la caminos por donde han pasado. Y basta.

A. J. R.

## DIONISIO PIEDRAHITA.



La República de Colombia ha producido muchos y muy grandes hombres en casi todos los ramos que abrazan las ciencias especulativas y las artes liberales. La filosofía, la política, la moral, la literatura, la poesía, la oratoria, y aun la pintura y la milicia han tenido entre nosotros representantes que honran nuestra lengua y nuestra raza. Bogotá, el mayor centro intelectual del país, ha merecido ser llamada por distinguidos viajeros del mundo español con el alto epíteto de "Atenas americana," sin duda por su adhesión á las ciencias que cultiva, por su amor á la belleza que procura servir con entusiasmo. Al lado de la ciudad capital descuellan Medellín, patria de nuestro inventor, Popayán, patria de Caldas, y Cartagena y Tunja y Panamá, ciudades todas de movimiento periodístico, de estudios serios y pacientes, donde se educan para la vida del pensamiento millares de jóvenes de estas híbridas razas del Nue-

vo-Mundo que asombrarán mañana, en el largo porvenir, á la caduca Europa.

La vastísima extensión de la República, variada en climas, arrugada en cordilleras, intransitable de ríos, salubre aquí, malsana allá, benigna y amigable en su generalidad, no ha consentido todavía la formación de grandes masas de habitantes que acumulen capitales, que demuelan montañas, cuelguen puentes, tiendan rieles, salten precipicios, y venzan, en fin, en luchas formidables, los tenaces obstáculos que la naturaleza ha querido oponer á nuestro desarrollo material. En esta parte nuestra inferioridad es manifiesta; y las ciencias exactas y naturales son aquí como ciencias de abstracción, que se cultivan en el gabinete, pero cuya aplicación se hace imposible por falta de elementos, por carencia de recursos. Aquí no hay esos laboratorios, esas fábricas, esos aparatos de que disponen los sabios investigadores extranjeros, y el genio inventivo y creador del colombiano se debate impaciente en un círculo de dificultades que no han amenguado desde Caldas hasta Piedrahíta. Por esta razón cuando algún compatriota nos anuncia un descubrimiento cualquiera en el campo de las ciencias físicas, lo primero con que tropieza es con nuestra indiferencia, si nó con nuestra incredulidad.— “¿Qué puede inventarse

“aquí que ya no lo hayan inventado en Europa ó  
“en los Estados Unidos?”—“¿Qué puede ocurrírsele  
“á Fulano de Tal, que á Edison no se le haya ocurri-  
“do primero?” Y con estas y otras muletillas seme-  
jantes hacemos manifiesta hasta la conformidad con  
nuestra pequeñez y nuestra miseria. Por fortuna el  
genio es cosmopolita, y tenaz y temerario. Movidó  
por su convicción vuelve en ventajas las mismas  
dificultades, y sorprende con las maravillas que bro-  
tan de su mente y de sus manos á la plebe humana,  
cuyas negaciones y dudas, vencidas de la evidencia,  
se tornan en aplauso prolongado.

A un triunfo de estos, inaudito por su magnitud,  
por los beneficios que de él ha de reportar el género  
humano, y por la gloria y la riqueza que traerá á  
nuestra patria, asistimos hoy con el descubrimiento  
Piedrahíta.

Este compatriota, cuyo nombre es ya como un  
oriflama de gloria que todos seguimos anhelantes, se  
ha levantado de entre la muchedumbre,—en estos  
momentos en que el mundo científico y el mundo  
republicano se aprestan á festejar el Centenario de  
la Gran Revolución que les comunicó aliento de  
vida,—como protesta elocuente y generosa contra la  
conspiración del silencio, que parecía definitivamente  
organizada aquí contra aquel memorable acaecimien-

to, genitor poderoso de nuestras muertas libertades, de nuestros más excelsos pensamientos.

En la noche fatal que nos rodea, Piedrahíta es luciérnaga vivificante: sea permitido á un amigo suyo, cantor alguna vez de amor y patria, trazar en breves rasgos la vida de ese genio en sus comienzos, de ese hombre privilegiado, que ya no es, en la expresión de Larra, “un árbol más en una alameda,” sino cedro de expansiva copa, donde Colombia puede reclinarsse ufana y esperar las compensaciones que le guarda el porvenir.

## II

Nació D. Dionisio Piedrahíta en Medellín, capital del Departamento de Antioquia, el día 11 de Abril de 1842. Fueron sus padres D. José María Piedrahíta y D.<sup>a</sup> Pantaleona Campuzano, ambos de hidalgo abolengo castellano. Niño aún fué traído á Bogotá, á donde se trasladó su familia, y empezó aquí estudios preparatorios en los Colegios de los Sres. Marroquines y de Gutiérrez de Celis, estudios que concluyó en el memorable Instituto del Dr. Santiago Pérez.

El estudio de la mecánica fué siempre su constante preocupación, y las raras capacidades de que

en esa ciencia dió pruebas desde niño, hicieron concebir á su padre el proyecto de enviarlo á Europa, como teatro apropiado para el perfeccionamiento en aquella materia. La desgraciada muerte de D. José María, acaecida en 1853, cortó á Dionisio, de edad entonces de once años, toda esperanza de continuar bajo buenos auspicios sus estudios predilectos. Inesperados reveses de fortuna hicieron que su familia abandonara la capital y se trasladase á una hacienda en la Sabana, donde se pasaron, ocupado en labores campestres, diez años justos de la juventud de nuestro amigo. Vuelto á Bogotá, á raíz de la gran revolución de 1860, se consagró al aprendizaje de canisas con el infortunado "Camisero," el francés Deschamps, de quien llegó á ser socio compañero y á quien sucedió en la empresa después de su trágica muerte. Nuevos contratiempos en los negocios y una gravísima enfermedad le redujeron á la más extrema pobreza, de suerte que en 1873 se propuso aprender telegrafía por ver de conseguir una colocación oficial que le diera con qué ganar la vida. Entró, en efecto, á la escuela que dirigía el Sr. D. Ricardo Balcázar, de donde salió con certificado de capacidad, que le valió ser nombrado telegrafista en Tunja con \$ 30 de sueldo mensual, sueldo que él supo acrecer dedicando las horas de vagar á la



composición de relojes y máquinas de coser. Desde esta época hasta hoy, puede decirse que con breves intervalos ha estado consagrado al servicio público ocupando todos los puestos del ramo de telégrafos, desde oficial subalterno hasta telegrafista mecánico y Director general del ramo. Fué también por entonces cuando comenzó á iniciar en los conocimientos telegráficos á su sobrino, hoy Coronel de la República, el Sr. D. Julio E. Cordovez, constante amigo y hábil compañero de Piedrahíta en todos los experimentos que tan felices resultados habían de dar. Estos dos trabajadores de la ciencia se han completado uno á otro, por decirlo así, poniendo el uno su ingenio y dón adivino, el otro dando su constancia invencible y su iniciativa afortunada.

III

Largo, muy largo, sería enumerar todos, uno á uno, los importantísimos servicios que Piedrahíta prestó siempre al país, desde su dedicación á la telegrafía, cuando ese ramo de las ciencias y ese servicio público apenas comenzaban á ser conocidos en Colombia; cuando, gracias al egregio Murillo, en su primera Presidencia, los inventos de Morse vinieron á cruzar nuestras montañas. No obstante, para que

se conozca al genio en sus progresos, haremos aquí una breve reseña.

Fué durante su permanencia en Tunja cuando Piedrahíta dió la primera prueba pública de sus excepcionales capacidades. Veamos cómo. La línea telegráfica que el Gobierno había establecido de Bogotá á Puente-Nacional (pasando por Tunja) era de *circuito cerrado* (sistema americano), y la que el contratista Sr. D. Demetrio Paredes estaba colocando de Puente-Nacional hacia Cúcuta era de *circuito abierto* (sistema francés de Breguet). Y resultó, como era de esperarse, dada aquella disparidad, que no se podía establecer comunicación directa entre ningún punto de la nueva línea y otro lugar cualquiera de la antigua. Ni el Sr. Paredes, contratista en telégrafos, ni el Sr. Alfredo Gustin, ciudadano norte-americano que desempeñaba el empleo de Inspector general de telégrafos, supieron en qué consistía la dificultad, cuál era la razón para que la comunicación expresada no pudiera verificarse. A Piedrahíta, telegrafista en Tunja, se le ocurrió aconsejar á su colega de Puente-Nacional *que pusiera una cuña de madera debajo de la palanca del registro de la máquina que correspondía á la línea de circuito cerrado, para que, levantando la palanca, la pusiera en contacto con el yunque de descanso, pues que de esa manera quedarían co-*

*nectadas las dos líneas en un mismo sistema, el sistema abierto francés.*

El telegrafista de Puente-Nacional, que era un hombre común en su oficio, se puso furioso con el consejo que le dió Piedrahíta, y le contestó “ que si tales cuñas de madera hubieran sido necesarias, Mr. Breguet las habría enviado por docenas con sus máquinas!!....” No paró en esta respuesta airada el enojo del telegrafista, sino que retó al aconsejador para probarle, revólver en mano, lo absurdo de sus cuñas.

Sabedor el Sr. Paredes,—á quien el Gobierno no quería recibir la nueva línea mientras no la relacionara con la antigua,—de las opiniones de Piedrahíta, le llamó en su ayuda, ofreciéndole hacerlo telegrafista de Puente-Nacional con doble sueldo, que á esto equivalía el nombramiento dado á su señora como ayudante en aquella oficina. Una vez Piedrahíta en Puente-Nacional, fuese al telégrafo, y en presencia del furioso retador, colocó la cuña que ya llevaba hecha desde Tunja, y se comunicó perfectamente con todas las oficinas hacia Bogotá y hacia Cúcuta. No fué pequeño el asombro del telegrafista cesante, á quien no le valieron de nada las tretas de que se sirvió para hacer fracasar á Piedrahíta.

Una vez obtenido este triunfo, llamó á su sobrino Cordovez y le dejó encargado de aquella telegrafía,

muy importante entonces, dirigiéndose á Bogotá, á donde le llamaba el Sr. Paredes para proponerle *si sería capaz de convertir en sistema abierto francés, de la nueva línea, el sistema americano cerrado, de la otra.* Satisfecho de la respuesta que le dió Piedrahíta, encargó á éste de la tarea, y en poco tiempo, en Puente-Nacional, sin aparatos ni herramientas adecuadas, dejó concluída la obra, á satisfacción del contratista y del Gobierno.

Con este trabajo se hizo más notable Piedrahíta entre los de su profesión, y el Gobierno le premió promoviéndolo al puesto de Inspector de la línea de Vélez á Cúcuta, donde tuvo ocasión de comunicar, por primera vez, aquella ciudad con Bogotá.

En la Costa Atlántica habían echado unos cables para comunicar á Barranquilla y otros puntos con Santa Marta; pero no podían llevar á cabo la empresa. El Gobierno mandó á Piedrahíta que fuese allá, él fué, y la comunicación quedó establecida perfectamente.

El año de 1880 le volvió á llamar el Gobierno para que desatase una gran dificultad. Ni Gustin ni nadie habían podido comunicar á Bogotá con Popayán y Buenaventura. Piedrahíta se consagró á este trabajo, que coronó á satisfacción de todos. En ~~de~~ mismo año pidió á los Estados Unidos el Sr. Se-

cretario de Fomento, Obregón, unos teléfonos para ciertas oficinas públicas. Vinieron tales aparatos (hasta entonces desconocidos en el país) sin descripción ninguna de la manera como debían funcionar, y sólo Piedrahíta, que antes no los conocía, pudo adaptarlos al fin á que estaban destinados.

En fin, el grande invento que inmortalizará á Piedrahíta, colocándolo entre los bienhechores de la humanidad, no es un hecho aislado, la revelación casual de una gran ley de la naturaleza á un espíritu sin preparación y sin cultura; nó. Al lado de ese invento figurarán con honra su famoso CONMUTADOR (patentado en Europa) y que se usa aquí en todas las oficinas. Otro tanto habrá de suceder con sus dos AISLADORES, uno automático y común el otro. De este último ha ordenado el Gobierno que se construyan en las fábricas de cerámica de Antioquia los que se necesiten en los telégrafos nacionales.

Tampoco queremos olvidar en esta narración sucinta que á la edad de nueve años Piedrahíta construyó un RELOJ de ruedas de *totuma* que se movía por la corriente de agua de la alberca de su casa y que marcaba las horas con alguna precisión.

Todos estos hechos, y la rara habilidad de Piedrahíta para componer y fabricar toda clase de máquinas, habilidad que toda Bogotá conoce, están mos-

trando á las claras (si ya su honradez y su carácter no lo proclamaran), que está muy lejos de ser un hombre adocenado en su carrera, ni mucho menos un farsante y mal amigo, capaz de apropiarse inventos ni teorías de nadie. Su modestia le hace taciturno. Tal vez él crea, y con razón, que la garrulería alharanguenta sienta más á los charlatanes de feria, que á los hombres que se estiman y respetan la ciencia que profesan....

Cosa rara! La telegrafía, que ha sido la ocasión del gran descubrimiento que nos preocupa, y que es apenas una de sus variadas aplicaciones, quería como huír de Piedrahíta. ¡Tántas así fueron las dificultades con que tropezó en el aprendizaje de ella! El Sr. Balcázar, á quien ocurrió para que se la enseñase, le ocupó más bien como escribiente en la traducción de una obra de telegrafía, que en comunicarle conocimientos en ella. Le era vedado acercarse á las máquinas y demás aparatos de la referida escuela, y se vió obligado á construirse un manipulador de madera para escribir en su casa. Cuando ya se creyó capaz de merecer el certificado necesario para que se le confiase una oficina pública, que la necesidad urgía, como atrás lo manifestámos, ocurrió por él á su maestro. Este buen Sr. le enrostró su presunta insuficiencia y se negó á dar el certificado.

Pero Piedrahíta insistió en que se le examinara, y el maestro, que no podía excusarse de hacerlo, abrió la pieza en que funcionaban las máquinas y entró con sus discípulos á verificar el examen. Antes de que entraran los examiandos, el pérfido profesor desconectó de la máquina una de las líneas y unió al mismo tiempo las planchas del pararrayo con la punta de una pluma de acero. Ninguno de los compañeros de Piedrahíta pudo comunicarse, con gran bochorno de todos ellos, hasta que le tocó el turno al del manipulador de madera, que en su vida había visto la máquina que tenía ante sus ojos y que observaba con detenida atención. A pocos momentos notó la desconexión de la línea, y moviendo todos los tornillos desconectó las planchas del pararrayo y consiguió comunicarse inmediatamente con la oficina de Facatativá.

Por estas adversas pruebas había de pasar nuestro inventor antes de llegar á la cima. Pero desde entonces, es decir, desde 1873, se preocupó con la idea que hoy tiene realizada. Ayudado de su práctica en la telegrafía, consagróse al estudio preferente de la electricidad y sus prodigiosos fenómenos, y á la aplicación de sus conocimientos mecánicos á ese agente natural. *Hallar un medio fácil, permanente y gratuito, de comunicar dos lugares cualesquiera*, fué el

primordial problema á que contrajo todas sus facultades. *Suprimir las baterías eléctricas y los dinamos, ahorrar gastos, evitar esfuerzos, reemplazar los reactivos químicos, de costosa adquisición, con una fuerza inexplorada de la madre tierra,* era un ideal tentador para Piedrahíta, que á él se consagró, y un desiderátum de la ciencia, que ya se toca con la mano.

Desde aquella época verificó,—secundado por su sobrino Cordovez, de edad apenas de trece años,—las primeras experiencias en el sentido de aprovechar la tierra ó el agua como conductor eléctrico, y logró obtener comunicación á más de 20 metros de distancia sin más ayuda que una brújula y cuatro pilas Bunsen muy deterioradas, sirviendo de vía conductiva la cañería ó desagüe de la alberca de su casa.

Después de innumerables tentativas, frustráneas todas, y cuando ya le abandonaba la esperanza de ver realizado su ambicioso proyecto, una nueva combinación mecánica, el sencillo ó ingenioso aparato que ha patentado en el mundo entero y que lleva el nombre de Piedrahíta á las más apartadas regiones, cayó de sus manos á la tierra, y, al tocarla, hizo surgir esa fuerza ignota que el inventor y la ciencia con tanto afán buscaban. Tal el Anteo de la fábula antigua, si de los brazos de Hércules se desasía y en la tierra se afirmaba, una fuerza misteriosa y potente centupli-

†



caba su vigor para la lucha, en aquel duelo tenaz á que una estratagemá puso fin.

En 1888, hace ya más de un año, Piedrahíta tuvo la convicción, la perfecta certidumbre, de toda la importancia científica, industrial y comercial de su descubrimiento, y en alta voz lo proclamó entre amigos y extraños. La indiferencia, la incredulidad y el silencio rodearon al nuevo Fulton. En vano se dirigió á potentados que no le entendieron ni escucharon, en vano llamó á las puertas del Congreso nacional. Este Cnerpo se ocupó, por pura fórmula, en hacer estudiar el asunto por una Comisión de su seno y por hombres de ciencia competentes, y aunque el informe de esa Comisión no pudo ser más favorable, (véase el *Diario Oficial*, número 7,535 de 27 de Septiembre), los interesados Piedrahíta y Cordovez tuvieron que trabajar con ahinco para que no se considerara el proyecto de ley en que se ordenaba un auxilio, porque temieron fundadamente una negativa, deshonrosa para la Cámara de Representantes, y perjudicial en todo caso á ellos y á su invento.

Piedrahíta pobre siempre, pobre y desalentado y abatido ahora, parecía resignarse á sufrir la pena del olvido, llevando como un remordimiento su secreto trascendental, cuando este año de 89, de feliz augurio para el progreso, surgió en el cuadrante de los siglos. Piedrahíta y Cordovez necesitaban dinero, y relacio-

nes, y opinión y auge, para que su invento saliera dignamente á recorrer el mundo. Necesitaban, además, interesar á una parte siquiera de la más honorable sociedad bogotana en el éxito de la empresa colosal que nacía de aquel triunfo del genio contra la muda y esquiva naturaleza.

Byron necesitaba un héroe,—un hombre nada más, para su gran poema ; Piedrahíta necesitaba, no uno, sino muchos hombres para llevar adelante su propósito. Pero el feliz inventor no tiene el dón de gentes, ni mucho menos el arte de los negocios. Por fortuna para él la casualidad le deparó un sujeto como no podría hallarse otro por la especialidad de sus dotes eminentes :—D. Juan M. Fonnegra.

Ya Piedrahíta estaba cansado de llevar curiosos, ricachos y pretendidos sabios, á presenciar las experiencias de comunicación telegráfica que hacía en el corral de su casa ; ya le dolían los tímpanos de oír despropósitos, ridiculeces y necesidades acerca de su invento, sus causas y resultados ; ya se condolía su orgullo y su convicción se quejaba de escuchar tanta felicitación pérfida y tanta irrisoria promesa de protección y ayuda, cuando el día 4 de Enero, por la tarde, el señor Fonnegra con otros amigos estuvo en casa de Piedrahíta. A poco de llegar, de ver lo que podía verse de los nuevos aparatos, y de examinar y verificar por sí mismo todas las máquinas y experi-

mentos, de abrumar á preguntas al inventor, de aplicar *reóstatos* y *galvanómetros* y *brújulas* al alambre conductor, adquirió profunda y rápida creencia de la grandiosidad de aquella obra. (\*) La noche de aquel día hablamos con él y nos manifestó su resolución de entrar en un negocio cualquiera para dar desarrollo al invento de Piedrahíta, sacrificar su dinero, si era el caso, ó dar vuelo á su fortuna y á la ajena, como era lo más probable.

Muy pocos días transcurrieron sin que el Sr. Fonnegra, y su amigo y asociado el Sr. Dr. Mauuel Antonio Angel, eminente médico, sesudo y reflexivo consejero é intachable ciudadano, se hubieran entendido con Piedrahíta y Cordovez y asentado las bases fundamentales de una negociación.

En el contrato que al efecto firmaron se convino en lo siguiente, resumiendo :

Piedrahíta cedía á Fonnegra y Angel 500 acciones de las 1,000 en que se consideró dividida la Compañía para explotar el invento. Se comprometía, además, á practicar todas las experiencias que en un término de seis días ellos le exigiesen, de la fecha en que se firmó el contrato en adelante, y á

(\*) El Sr. Fonnegra había hecho en Europa muy detenidos estudios de Física y Química, especialmente en lo que toca á la Electricidad. Eminentes profesores le hallaron presente á sus conferencias, y las fábricas más renombradas le contaron entre sus asiduos visitantes. El comercio con sus delicadas y absorbentes atenciones, no ha sido óbice para que este amigo nuestro cultive con provecho varios ramos del saber, aparentemente opuestos entre sí.

MOSTRARLES á Fonnegra y Angel el aparato generador de la comunicación telegráfica, oculto á las miradas de todos y cuya construcción y sustancia les interesaba sobremanera, y ha hecho cavilar á tanta gente.

Fonnegra y Angel ponían, por su parte, al servicio de la empresa una ingente suma de dinero, de la cual se tomarían, ante todo, \$ 10,000 para dárselos á Piedrahíta exclusivamente, y con el resto se harían gastos de viaje, de patentes, &c. &c.

Este contrato fué obligatorio desde su firma para Piedrahíta y Cordovez; no así para los otros contratantes. Éstos se reservaron el derecho de los seis días para hacer las experiencias, pero sin que se les diera á conocer el aparato. Al efecto, hicieron ir á Cordovez á Honda, desde cuya oficina comunicó perfectamente, como ya lo había hecho de Villieta.

Todos estos hechos son demasiado conocidos del público bogotano.

Este satisfactorio resultado, y la inspección circunstanciada que hicieron del maravilloso “Muerto,” (†) los llevaron gustosos á suscribir en firme las obligaciones que habían ofrecido contraer. (‡) Sus-

(†) Así convinieron en llamar Piedrahíta y su colaborador el nuevo aparato, para evitar que alguna expresión aproximativa descubriese á sus interlocutores el BUSILIS del asunto.

(‡) Ya Angel y Fonnegra habían suscrito el contrato cuando tuvieron conocimiento del secreto; esto pone más de presente su fe en el invento y su resolución comercial.

critas y ratificadas por escritura pública esas obligaciones, quedó constituido y comenzó á funcionar el “Sindicado” de la “Compañía de electricidad Piedrahíta.”

Hasta entonces,—á pesar de la publicidad nacional y extranjera del invento Piedrahíta, no obstante que éste había removido cielo y tierra por hallar sostenes á su causa, por sobre todo el tiempo trascurrido desde que el inventor dijo su Eureka hasta la formación del Sindicato,—hasta entonces, decimos, nadie se había preocupado poco ni mucho en la materia, ni menos aún se había presentado á disputar la hora altísima del descubrimiento y á pedir vela en el entierro de las especulaciones mercenarias á que dan pábulo en el mundo vil los sabios y sus inventos, cuando esos inventos, lejos de “sacarles el cuerpo á los planetas,” se verifican en éste, que habitamos en unión de la Electricidad y la Llovizna, de la Envidia y de la Adquisibilidad....

Pero el Sindicato de la Compañía resolvió, por varias razones, todas honorables, y ante todo por hacer más de interés general y patriótico el negocio, sacar á la venta, á precio moderado, unas cuantas acciones de las 1,000 que forman el total. Fenomenal fué el éxito de la arriesgada tentativa, pues que en ¡un día! se suscribieron 60 de á \$ 500, y los horribles \$ 30,000 yacieron á la noche en las cajas

de un Banco, á la orden de la Compañía !.....

Esta inaudita operación bursátil, inesperada y hasta insólita en Bogotá,—que descansaba toda en la confianza plena que el Sindicato inspiró desde un principio,—despertó el órgano temible que ha clasificado la Frenología, y surgieron inventores á porrillo, y sabios abstraídos, y abogados sin ceso, y agentes corredores y agentes comisionistas, que ensordecieron la ciudad con escritos incoherentes y reclamaciones injustas y ofensivas.

El Sindicato y la parte á quien representa han guardado la actitud circunspecta que compete á su derecho manifiesto y á su buena fe incontrastable. Muy respetables agentes han asegurado ya en Europa y América los derechos del inventor colombiano, y hoy sólo falta que la piedra de toque universal le saque victorioso ante la humanidad agradecida.

Piedrahíta, encanecido en el trabajo, honrado por el Gobierno de su patria y aclamado por sus conciudadanos, va al extranjero á recibir el premio—de gloria y de oro—á que su genio y su constancia le hacen acreedor. Colombia y su fortuna van en la misma nave: ¿quién no hará votos por ellos?

Los nuestros les acompañan; y si por uno de tantos impensados golpes de la suerte la grande empresa fracasare, y ni la ciencia ni el comercio reportaren ventaja ninguna del invento de Piedrahíta,

nosotros, que hemos presenciado de cerca la formación de la Compañía y escudriñado en lo posible la conciencia del inventor, somos testigo de la rectitud de la primera y de la confianza y limpios procederes del segundo.



Dionisio Piedrahíta es de regular ~~estatura~~, delgado y seco, tez morena y cetrina, de estatna ya, como dijo el Dr. Angel,—ojos pequeños y negros, hondamente encajados en su cuenca circular. Ancha la frente, la nariz aguileña, y toda la cabeza bien proporcionada. Su temperamento nervioso es exaltadísimo, hasta el punto que ha de mover incesantemente la cabeza y despabilar los ojos, con un movimiento y una contracción como si sucesivas y contínuas corrientes eléctricas cruzaran su cerebro á cada instante.

Piedrahíta se casó en 1867 con la señorita Mannela Cordovez, inmejorable compañera, que ha dado á su hogar prole numerosa y robusta. La resignación y la virtud tienen su asiento en aquella familia, que jamás se amedrentó en la adversidad y á quien la fortuna loca no levantaría de sus quicios seguros con ninguna de sus sorpresas.

Bogotá, Febrero de 1889.